



Veo, veo.
¿Qué ves?

Veo las agujas de la catedral de Colonia emergiendo penosamente de una montaña informe de automóviles inservibles.

Veo, veo.
¿Qué ves?

Veo a los barrenderos municipales barriendo con gesto cansado las manos de la gente, rotas de tanto aplaudir el gran discurso, y cómo a la gente le nacen por la noche otras manos para aplaudir al día siguiente otro gran discurso, y cómo las manos vuelven a romperse de tanto aplaudir, y cómo los barrenderos municipales...

VISIONES APOCALIPTICAS

Veo, veo.
¿Qué ves?

Veo a un editorialista llegando al interior de la cosa, no sé de qué manera, y declarándola intrínseca e inmanente. Y veo cómo la cosa, que es un cartilago putrefacto, le atenaza opsidianamente y primero le acaricia, luego le oprime y después lo tritura.

Veo, veo.
¿Qué ves?

Veo al padre de la bomba atómica, el dulce Oppenheimer, muerto en un charco de sangre

con la cabeza abierta por un hacha de sílex.

Veo, veo.
¿Qué ves?

Veo a Nixon, en el fondo de su nicho ecológico, mineralizado, petrificado, rechazando eternamente las pruebas de no se sabe qué.

Veo, veo.
¿Qué ves?

Veo a un hombrecillo arrastrándose por los paisajes atormentados de Delacroix, bajo un sol de injusticia, con la lengua

hirviente, y alcanzar por fin un pozo salvador, y hundir ansiosamente la cabeza en el petróleo.

Veo, veo.
¿Qué ves?

Veo las tres pirámides de Egipto, la muralla china, los arcos romanos, sin la pátina del tiempo, como si acabaran de hacerse, y veo que el material de fabricación es el mismo: cadáveres.

Veo, veo.
¿Qué ves?

Veo la noche y un resplandor sobre las humildes flores y sobre el corazón de los que duermen. ¡Mentira! ¡Eso es mentira! ■ LICANTROPO.

